

SILENCIO

Como veremos, nada es más ajeno a la biblioteca original que los rótulos de silencio. De vuelta en la comodidad de esta sección de Universidad, quiero continuar con la breve serie sobre la historia de las bibliotecas, contando un poco sobre algunas normas para usuarios. Mi fuente es la excelente **Historia de las bibliotecas** de Hipólito Escolar.

Creo que fue en sus **Confesiones** que Aurelio Agustín, a quien hoy recordamos como San Agustín de Hipona, menciona haberse sorprendido del atípico comportamiento de San Ambrosio. San Ambrosio tenía la extrañísima costumbre de leer en silencio, cuando todo el mundo lo hacía en voz alta. Por eso, las bibliotecas clásicas carecían de sala de lectura. Uno solicitaba el rollo de su interés y se iba a leerlo al aire libre, de viva voz.

Tal vez por seguir el ejemplo de San Ambrosio, o porque alguien descubrió que es más rápido leer en silencio, ya en la Alta Edad Media habla bibliotecas con sala de lectura. Por ejemplo, de la biblioteca de Sevilla, nos cuenta un cronista: “El bibliotecario no permite que se hable delante de él. No es este lugar para hacerlo...”

En esos tiempos, prácticamente no había alternativa al uso de la biblioteca “pública”. Para casi todos, era imposible hacerse una privada: un libro como el **Forum Judicum** costaba 400 “sueldos”; un profesor ganaba un “sueldo” por enseñar a un solo estudiante durante todo un año! No es de extrañar que los libros —enriquecidos con cubiertas de piel fina, oro y piedras preciosas— fueran regalos favoritos entre emperadores y papas.

La mano de obra barata de los monjes copistas no logró disminuir los costos de la industria editorial del medioevo, pero el interés de la élite ilustrada por la lectura quedó reflejado en este lema de la biblioteca de San Martín de Tours: **fodere quam vites melius est scribere libros** (es mejor copiar los libros que cultivar las viñas).

Concluamos con estas recomendaciones del **Philobiblon** del siglo XIV, que bien podríamos colocar en un cartel en nuestras bibliotecas contemporáneas:

No se debe moquear los libros, salivarlos, tocarlos con las manos sucias, comer sobre ellos o dejarlos abiertos; no hay que marcar las páginas con las uñas, pajas o doblando las hojas, ni pasarles los dedos sudorosos, escribir o dibujar en ellos, o recortar y arrancar las hojas finales para escribir cartas.